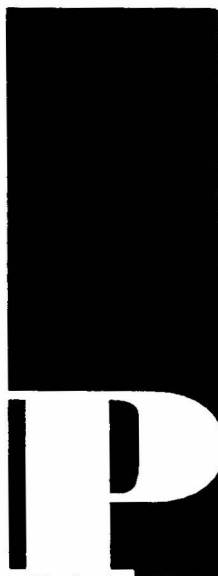


# **LA FANTASIA ORGANIZADA**

**Abel Naranjo Villegas**



## UNIVERSIDAD AÑO 2000

Para la presunción de abarcar los horizontes del futuro universitario hay que apropiarse el título del último libro de Celso Furtado. La fantasía organizada es la posible nominación que cubre lo que puede imaginarse de esa realidad universitaria del próximo milenio.

Como primera medida, hay que explugar definitivamente el inconsciente en que se movió el pensamiento sobre esa institución hasta ahora. Ese pensamiento, por más que se le disfrazara, se orientaba hacia el reajuste del presente pasado. Ahora se trata es más bien de que la fantasía reconstruya el futuro como el alojamiento de las generaciones por venir, en concordancia con las desmesuradas posibilidades que están abriendo las ciencias a la vida del hombre. Hay, pues, que emanciparse de esa especie de estancamiento en las premisas que constituyó muchas veces el planteamiento sobre la misión de la Universidad. Los avances de la biotecnología y de la supercomunicación que están implantadas sobre la informática, están imponiendo un nuevo enfoque capaz de prefigurar los perfiles de la cultura que regirá cuando todo ese acervo científico haya penetrado en la conciencia de la humanidad por venir.

Estos superlativos conocimientos a que está llamado el hombre del próximo milenio puede, a un mismo tiempo, elevar inmensamente la calidad de la vida humana o, a la inversa, degradarla hasta límites imprevistos. La sola degradación de la naturaleza ambiente puede llegar a la finitud de la vida sobre el planeta. Bastaría que el hombre fijara el eje de su existencia sólo en el bienestar, consumiendo sin economía todos los recursos no renovables, para que el consumismo produjera el exterminio de todo lo que necesita la vida para sobrevivir en el naufragio de la civilización. Esto nos lleva a pensar en que la única manera de afrontar el desafío es atendiendo a dos ejes inevitables sobre los cuales debe edificarse la futura existencia humana.

Lo anterior significa que esos dos ejes necesarios para asegurar la supervivencia y calidad ascendente de la vida humana, reposan sobre el cultivo de dos facultades que son la inteligencia y la voluntad. No se trata, pues, solamente de promover la acumulación de conocimientos, sino de afinar los resortes de la voluntad para atender el uso de esos conocimientos. Quiere decir que los fundamentos de la técnica que están en la ciencia, no son lo suficientemente ajustados a las finalidades de la vida humana sino que el conocimiento de la conducta será tan necesario como el conocimiento de los principios científicos.

## ORGANO EMISOR DE LA CULTURA

Para determinar la función social de la Universidad conviene establecer que ella es la cúspide del sistema educativo de un pueblo. Por conducto de ese sistema la sociedad mantiene, aumenta y transmite los valores de su cultura. Esto no excluye a otras instituciones que también la mantienen y aumentan, las Academias científicas, verbigratia. Digamos pues, desde ahora, que lo que caracteriza más radicalmente a la Universidad es ser transmisora de cultura. En la Universidad como órgano de la cultura de una nación, se interpreta la cosmología social de la época. La doble tarea que va implícita en esa transmisión, consiste en que ella es depositaria de unos valores que la tradición ha ido acumulando, pero también de los valores nuevos cuya vigencia es imprescindible en una sociedad dinámica. Con esto queda dicho ya que ella es afectada en su contorno y que no puede aislarse contemplativamente de esas transformaciones que le conciernen. Es impulso y freno al mismo tiempo, conservadora de valores y dotada de presteza para absorber los nuevos.

La sociedad, por conducto del Estado que la representa, otorga, pues, una serie de derechos instrumentales para que la vida universitaria sirva a los fines de la educación e investigación, una educación e investigación que es representativa de las necesidades de esa sociedad. El viejo debate sobre si a ella corres-

ponde solamente vigilar sobre la inmutabilidad de los valores preexistentes, se supera con esta inserción en las necesidades sociales. Hay que decirlo pues, -resueltamente- que, como esas necesidades son hoy generalmente de orden práctico, la Universidad tiene que ofrecer el sustento espiritual para que en su educación, formación y conocimientos se dé un respuesta a ese enriquecimiento social. Pero también la perspectiva inversa continúa teniendo validez. Como esas necesidades son además de orden teórico, la Universidad tiene que ofrecer la posibilidad de que con ella se logre ese tipo de educación, formación y conocimiento absolutamente desinteresados. Una política cultural bien orientada será aquella que capacite a la Universidad para darle teoría a un pueblo y lo enseñe a aplicarla.

El proceso de cambio social que está viviendo el mundo debe ser interpretado por la Universidad sin que sea un desafío responder así al profesionalismo contemporáneo. La formación de una clase dirigente en el orden técnico coloca hoy a la Universidad en la coyuntura de responder a esa necesidad social, debe facilitar que todas las profesiones y oficios calificados que se exigen para conducir adecuadamente el proceso de cambio social se produzcan precisamente bajo la tutela y orientación de la Universidad.

El profesionalismo, tan superficialmente vituperado, no es otra cosa que la interpreta-

ción de lo que siempre fue la Universidad. Cuando la sociedad no necesitaba más conductores que los religiosos y políticos, su ámbito fue ese. En la Edad Media abastecía de sacerdotes, funcionarios públicos, maestros y médicos. A medida que la sociedad se ha ido racionalizando, exigiendo otras especialidades, se ha ido ensanchando su radio hacia los ingenieros, arquitectos, agrónomos, odontólogos, farmacéutas, químicos, artistas. Hoy esa distribución y tecnificación del trabajo va abandonándose hasta convertir al obrero calificado en una de las personalidades esenciales del proceso socio-económico. Hasta allá debe apuntar la misión social de la Universidad porque su destino no es el de achicarse, sino el de crecer paralelamente con las necesidades sociales.

Aun cuando ha sido patente el desajuste entre la antigua orientación universitaria y las exigencias técnicas de la sociedad dinámica, conviene señalar que hoy es más visible ese desplome. En la antigua sociedad patriarcalista la Universidad suministraba los conductores de ese estilo y las masas foráneas estaban adscritas a sus vigencias sin repulsa. Pero la racionalización del trabajo ha hecho más densas las relaciones, y esa densidad ha derivado hacia una técnica que explica cómo las masas han desplazado su dependencia de los humanistas hacia los técnicos. La política ha sentido el impacto de ese fenómeno en condiciones tales que la desvalorización aparente de los políticos consiste en que se ven forzados a permutar doctrinas por masas. Se ha producido así la paradoja de que el predominio enorme de la política, subordinándolo todo en nuestro tiempo, es un fenómeno por encima de los hombres que, generalmente, tienen las responsabilidades de comprender esa política.

Con esa perspectiva conviene rechazar por inútil y despistador el lugar común de la "in-

versión de valores". No hay tal. Una cultura es un conjunto de valores que, en cada época, le da más vigor a unas categorías de esos valores que a otras. Las categorías únicas de esos valores en su totalidad apuntan a la estructura propia de cada región del ser, y cada época lanza un foco preferencial hacia una de esas regiones, sin ignorar las otras. Habrá una frustración epocal cuando el entusiasmo desmesurado anule todas las regiones ópticas en beneficio de una sola. El descubrimiento del valor económico que debemos a nuestra época, nos sitúa en la tarea de aprovechamiento en todos los órdenes pero esto no quiere decir que se hayan invertido valores, sino que están puestos en tensión con uno muy decisivo. Suprimirlos a todos en su beneficio exclusivo es una mutilación espiritual de la cultura, un encogimiento extenuante y esterilizador. Pero ignorarlo, pretendiendo hundirlo en la dicotomía de "materia y espíritu", es un anacronismo que puede ser más funesto.

## LA EDUCACION SUPERIOR RECTIFICADORA SOCIAL

Los prejuicios anteriormente enumerados también han conducido a una idea perniciosa que consiste en creer que la institución de educación superior debe ser fiel reflejo de la sociedad circundante. Al contrario, hay que penetrar la conciencia de que estas instituciones deben ser las rectificadoras de las deformaciones de la sociedad circundante.

Su exigencia de la ejemplaridad es mucho más patente hoy cuando se está asistiendo al derrumbe de los valores de nuestra sociedad.

Dos ideologías funestas hemos detectado como las instauradas en parte de la juventud que entra hoy a la Universidad. La ideología de la culpa y de la ganancia. Por la primera buscan hacer la transferencia de su abulia para enjuici-

ciar al profesor y por la segunda exigir de cada idea para qué sirve.

Entiendo que el tránsito a la Universidad es el de, parodiando a un ilustre filósofo, pasar de la existencia banal a la existencia auténtica. Es decir, a entender la concepción científica y humanística de la vida.

Hay que recordar a Platón en el mito de la caverna, cuando trae una profunda interpretación sobre la ignorancia. Todos creemos, hasta que él nos devela el problema, que la ignorancia es una carencia de sabiduría, pero sólo hasta que él nos explica que, -al contrario,- es una especie de llenura. Todo lo que pretende sacar la ignorancia de su saturación de opiniones por medio de la ciencia, es rechazado porque la ignorancia es símbolo de plenitud para el que la padece o goza, según como se quiera definir.

Pues bien, los que nos dedicamos a esta misión de enseñar debemos estar atentos a esa circunstancia y penetrarle en toda su magnitud, porque hoy esa ignorancia, como si fuera una consigna, se está manifestando en una forma muy sutil y la están padeciendo muchas personas de las que estamos acá. Se trata de una nueva forma de resistencia consistente en decir que la exposición es aburrida, que la voz arrulladora, invitando a la ensoñación, etc. Debe salirse adelante a esa posición al iniciar las clases porque hay que definir si el aburrimiento es originado en el profesor, en la materia, y entonces, esa categoría psicológica no funciona en el orden académico porque éste es, fundamentalmente, conceptualización. Al que tal alega hay que decirle que el aburrimiento está en él mismo porque está sobresaturado, es decir, está con llenura intelectual. Si fuera tan sencillo que el profesor y la materia estaban formados para divertir, entonces el problema sería el de cambiar de payaso para encontrar uno más gracioso. Es preciso recordarles a

Hegel cuando dice que "ser estudiante no es todavía crear sino crearse. No producir sino producirse como capaz de producir".

Otro de los puntos es el de la elevación e inaccesibilidad de los temas, punto inscrito en el mismo orden anterior. En la exposición científica, y las humanidades lo son por antonomasia, ocurre como en la aviación que hay que partir de un decolaje para elevarse a las alturas en donde no sea posible el estrellarse. Para esa actividad de la aviación la ignorancia bondadosa de nuestras madres recomendaba a sus hijos dedicados a ese oficio que volaran bajito y despacio, es decir, lo más propicio para estrellarse. En ese mismo sentido la ignorancia inocente o culpable exige que los temas se traten en la forma más baja posible, en el lenguaje más cotidiano para que nadie se sienta excluido. Esa actitud es producto de esa llenura de la ignorancia que Platón señalaba como indigna de la Academia que es la Universidad de hoy. Y la misión de esta institución es precisamente elevar el espíritu a la dignidad de las ciencias que, mediante el proceso de especialización contemporánea, cada una de ellas tiene un vocabulario especializado. No hay que olvidar lo que escribió Kleist de que una bella forma convoca a una hermosa idea.

Y esta condición es tan evidente que el espíritu mismo se siente tensionado hacia arriba hasta con el sólo acento armonioso de las palabras. Recuerdo que me impresionó el caso de Aristides Briand, el gran estadista francés, enviado por su gobierno a explicar por Europa algún tema atañadero a Francia. La misma modulación de sus palabras conmovía de tal manera que las gentes que no entendían el francés aplaudían al músico con delirio.

Lo anterior no significa que haya que prescindir de los temas que afectan nuestra vida cotidiana. Esto depende de las materias que se

dictan porque todas ellas, así sean las más refinadas y técnicas, están dirigidas a elevar el nivel de nuestros conciudadanos. Y uno de los primeros temas hoy es el de la ética de nuestra sociedad que ha caído a niveles tan bajos. Se habla muchos de la carestía de la vida económica y es cierto. Pero lo que conviene destacar desde la Universidad es el encarecimiento de la vida moral. El predominio de una moral utilitarista, según la cual el principio implacable es el de que "negocio es negocio", ha sumido las mentes en la bajeza más absoluta, desalojando todo espacio de la nobleza.

La victoriosa batalla instantánea del narcotráfico ya ha dividido al país en dos grupos que son el de los sobornables y el de los intimida-

bles. Los unos se rinden por la riqueza más fácil y los otros por la intimidación de la amenaza.

El drama de la administración de justicia se explica porque quienes juzgan tienen que someterse o a recibir cuantiosa fortuna por un fallo, o a la muerte de familiares o la suya.. Y así en todos los órdenes, la moral se ha convertido en heroica para ser fiel a unos bienes culturales que no admiten ni el pago ni el miedo.

La liberación de estos nuevos factores de intimidación espiritual implica unos nuevos métodos de educación porque, hoy más que nunca, se necesita tomar conciencia de que, aun cuando sea con un símil muy abrupto, el procesamiento de la masa encefálica requiere más radicalidad.